

«BELVER YIN»

Jesús Ferrero (Zamora, 1952) es un joven valor de la literatura española. Ha publicado un libro de poemas, «Cantos de Pálig», y ahora publica una novela, «Bélver Yin», en la colección de Grandes Narradores de la Editorial Bruguera. Inició estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza, se instaló en París donde ha sido alumno de la Escuela de Altos Estudios y se especializó en cultura griega: su tesis versó sobre la filosofía de Platón. La editorial Bruguera nos ha autorizado la reproducción de algunos fragmentos de «Belver Yin», su primera novela. Que no parece una obra de novel, sino de un espíritu maduro, capaz simultáneamente de la narrativa y el pensamiento puro. Su acción se desarrolla en China. Como dice el poema de su epílogo, «Estos hechos ocurrieron —en las costas del Mar de China — algunos años antes — de que el letrado Zedong — ocupase el trono del Reino del Medio».

LOS DOS HERMANOS FURIOSOS

JESUS FERRERO

La balada de Dragón Lady

LOS pasos de Nitya Yang se oyeron al fondo de la galería. Sing, que estaba tomando el té vio insinuarse su desnudez en el juego de espejos.

—Ya se ha levantado —dijo Uya—. ¡Es tan perezosa! —y añadió—: No sé cómo le consientes esos aires de cortesana. Anda por la casa como si fuese la dueña y eso no me gusta; ella no es mi hija, ¿cuántas veces he de repetírtelo?

Sing no dijo nada y se limitó a acercar de nuevo la taza a los labios.

Uya y él se habían casado en Ning-Po, veinte años atrás. Sing, que comerciaba con fármacos europeos, estuvo viviendo en Lisboa antes de casarse, y hablaba con soltura inglés y portugués.

—¿Puedo desayunar contigo? —preguntó Nitya desde la escalera.

—Puedes —contestó Sing—. Pero date prisa, yo ya estoy acabando.

Nitya bajó.

Llevaba los cabellos sueltos y adornados con mechadas rojas, y sus cejas señalaban todo lo que habla de vivo y refinado en su mirada. En torno al cuello serpeaba un collar, de oscura y variable trama, del que pendía un exagrama negro a punto de deslizarse entre sus menudos senos. La túnica, holgada en los hombros y en los brazos, se iba ajustando según descendía por su cuerpo, hasta definir sus caderas con la misma precisión que la piel, aunque con más cautela.

—¿Ves? —dijo ella adelantando el pie izquierdo y mostrando el zapato—. Los compré ayer. ¿Crees que le gustarán a Christopher?

Sing sonrió.

—¿Y a ti?

En lugar de contestarle, le dio un beso y se sentó frente a él.

—Llegará mañana —dijo su padre levantándose de la mesa— y todo ha de estar preparado para recibirle.

Ella asintió, después estiró perezosamente los brazos y ordenó que la sirvieran.

Nitya y Christopher se habían conocido en Cantón la pasada primavera. Christopher, que ya mantenía relaciones comerciales con Tien Sing, había visto a su prometida solamente dos veces. Más tarde, y cuando Christopher regresó a Londres, comenzaron a escribirse.

—¿Cómo ha dormido esta noche Nitya? —dijo su hermano que acababa de depositar sobre la mesa una taza y una tetera humeante.

—¿Y tú? —preguntó ella.

—Muy bien.

—¿No quieres desayunar conmigo?

—Ya he desayunado.

—Te levantas demasiado pronto, Yin. Me han dicho que al amanecer abres la ventana de tu cuarto y permaneces leyendo hasta que yo me levanto. ¿Es verdad eso?

—Algunas veces lo hago —dijo él desviando la mirada.

—¿Y qué lees?

—Nada importante. Almanagues.

—¿Y qué más?

—Periódicos ingleses.

LOS DOS HERMANOS FURIOSOS

—¡Yin! —gritó Uya, desde la galería.

—Perdona —dijo él, retirándose—, nuestra madrastra me reclama.

Nitya lo vio alejarse. Se fijó en sus piernas elásticas, en la soltura de sus brazos y en sus cabellos negros cubriéndole los hombros.

Después, y mientras concluía su segunda taza, lo vio cruzar la galería, trayendo y llevando macetas de árboles enanos.

Se levantó de la mesa, caminó un rato por el jardín y a media mañana se retiró a su cuarto.

A esa hora ya no se oían ruidos en la casa. Su padre había salido y también su madrastra, acompañada de dos domésticas.

—¡Bélver Yin! —gritó Nitya saliendo a la terraza.

Yin cruzó el jardín y se detuvo bajo su ventana.

—¿Vienes?

Subió.

—¿Podrías ayudarme? —dijo dándole un peine—. ¿Cómo crees que debo peinarme hoy?

—Estás muy bien —susurró su hermano—, aunque tal vez convendría separar algo más estos dos bucles. Así...

—Tienes razón —dijo ella, pero sin que pareciera importarle demasiado.

Antes de que Yin intentara trenzar sobre su cuello los dos mechones rebeldes, Nitya se levantó del asiento y mirándole fijamente dejó caer la túnica.

—¿Te asusta verme así? —y sonrió—. ¿Por qué te espantas?

—No me espanto —dijo Bélver Yin acercándose a ella.

—No —exclamó Nitya—, no consentiré que poses sobre mí tus manos.

—Entonces ¿para qué te muestras? —gritó él.

—Para que deslices por mi piel esta pluma de pavo —dijo ella tendiéndose sobre un diván—. Hazlo muy despacio —y estiró los brazos y las piernas.

Esa mañana, mientras sentía erizarse su piel, recordó su infancia junto a su hermano en aquel burdel de Nankín. Su padre, Tien Sing, procedía de una antigua estirpe de mercaderes. Al nacer Sing, la familia estaba arruinada y tuvo que ser él quien devolviera a su descendencia el esplendor perdido dedicándose al comercio de opiáceos con Inglaterra. Tien Sing tenía ya herederos nacidos de su unión con Uya cuando conoció a Durga de Go, cortesana residente en Nankín. Durga era una mujer de singular belleza y muy cultivada. Pertenecía a la secta de las Vratyas y era oriunda de Goa, a orillas del mar de Omán. Con ella tuvo dos hijos gemelos y sietemesinos: Nitya y Yin, que vivieron en el prostíbulo regentado por Durga hasta que ella desapareció. Sing tuvo que hacer frente a su mujer legítima que nunca soportó verse suplantada por una Dakini, para poder traer a los mellizos a su casa.

Cuando Nitya cumplió doce años, Sing se la ofreció como esposa a su socio británico. El pac-

to le permitía, además de librarse de la muchacha, consolidar sus alianzas con un hombre para el que el comercio de estupefacientes con Gran Bretaña no tenía secretos. Todo estaba ya acordado: Sing cedería a Christopher y a su hija una casa junto a la ribera y Yin se iría a vivir con ellos. El muchacho les serviría como doméstico mientras aprendía junto a su cuñado las artes del comercio.

Imágenes de la casa de citas de Ninkín volvieron a su memoria: Yin sentado junto a un cliente de Durga, calígrafo de profesión, empeñado en enseñarle al niño el alfabeto latino y la escritura china; y ella junto a su madre, recitando los versos de aquella canción inolvidable, la balada de Dragón Lady, que Durga había compuesto para exclusivo recreo de su hija. ¿Estaría Durga contando su vida en esa canción? Ella decía haber venido de la India y haber errado antes por todos los casinos de Bombay y Madrás. La balada empezaba así:

*Era como una flor silvestre
nacida en el musgo de los templos
de la jungla de Indochina.*

*—Dragón Lady—
le decían los proscritos—,
el opio te envilece y te perfila
porque el opio dibuja en tu rostro
el idiograma de la melancolía:
corazón abatido por el otoño.*

Uno a uno, fue evocando todos los versos mientras la pluma discurría por sus temblorosas piernas:

*En las noches de póker y ruletas,
ella indolente caminaba
entre toda la canalla de zapatos finos.*

*Su piel tenía
la lisura de la escarcha
y sus manos hablaban el dialecto de las diosas
cuando a veces
elevaban una copa
y posabanla en los labios.
o tomaban
la boquilla de nácar
larga y engañosa como una espiga
en la mano de una cortesana.*

Evadió por un instante el recuerdo de Durga y pensó en Whittlesey. ¿Lo amaba verdaderamente? Ella creía que sí, pero ¿por qué? Dos razones se dio para justificar su enamoramiento: le amaba porque era guapo, y le amaba porque le veía lejano. Sí, vivir con un hombre del otro lado del mundo era algo que ella debía conocer, aunque sólo fuera por un tiempo.

El chasquido de una puerta en el piso de abajo le sacó de sus ensoñaciones.

—¡Nitya! —gritó Uya desde el jardín.
—¡Voy! —contestó ella cogiendo la túnica.
Yin se acercó a la puerta dispuesto a salir también.

—Nos veremos más tarde —le dijo Nitya en voz baja; y se alejó de él imitando los pasos, púdicos y ligeros, de las aristócratas de pies vendados. Siempre que la llamaba Uya adoptaba esa actitud, más irónica que insultante.



Durga de Go

EN casa los llamaban como Durga quiso: Nitya Yang y Bélver Yin.

Sing, que en algún momento debió creer que Durga era una diosa, no se atrevió nunca a contrariarla en eso. Mas ¿por qué Nitya Yang y Bélver Yin?

Poco antes de abandonar Nankín, Durga se ocupó de dar a Tien Sing la clave de esos dos guarismos primordiales:

—Nitya es el sinónimo de Mahávidya, la gran diosa búdica, y que en ocasiones lleva también mi nombre: Durga, la bella errabunda, brillando como diez mil soles. Ella es, para los hindúes, lo que es para vosotros la Hembra Misteriosa del sexto poeta de Lao Tse. Yo quiero que mi hija se llame así, además de Yang, fundamento masculino del cielo, pues quiero que en ella hallen cobijo las dos sustancias extremas. Y quiero que mi hijo se llame Bélver Yin, pues también deseo que en él habiten fundidos los dos principios del universo. Lo llamo Bélver porque es un nombre español, que oí en voz de un marino, que quiere decir grato a los ojos, bello de ver. Ese nombre, me parece a mí, es el que mejor designa al 22 exagrama del *Libro de las respuestas*, en el que se habla de la belleza propia del mancebo, y Yin porque ese es el principio femenino del Tao. Estoy segura de que él poseerá toda la agudeza que yo como mujer poseo, y Nitya toda la fuerza de los hombres adiestrados en la guerra y el comercio. Sé que a mis dos hijos les espera un destino singular. Que los dioses los protejan como a mí me han protegido.

De esta forma hablaba Durga de Go, la de los ojos glaucos y la de arrobados pasos de pantera. ¿Y qué podía hacer ante eso un modesto comerciante de Cantón? Asentir y recordar con respeto sus mandatos. Los gemelos se llamaron Bélver Yin y Nitya Yang. Durga de Go lo había querido así.

Eki pacto

ES muy hermoso, pensaba Nitya el verlo conversar con su padre la noche misma de su llegada. Tenía los ojos grises y sus manos podían haber sido las de un pianista. Sus labios, carnosos y frescos, parecían en el amor más que en el comercio. También Christopher la miraba a ella

LOS DOS HERMANOS FURIOSOS

en los breves instantes en que la conversación con Sing se lo permitía. Nitya le embriagaba y le hacía olvidar todos los amores con muchachos que había tenido hasta entonces, incluyendo, claro es, su reciente relación con Milfred, un jovencuelo que ya traficaba con objetos de arte y al que había conocido en Londres, en una exposición de pintura japonesa. Milfred iba a pasar por Cantón dentro de unos meses y Christopher temía el momento en que de nuevo tuviera que vérselas con él. Ahora sólo quería pensar en Nitya, porque Nitya iba a ser su esposa y porque ninguna otra mujer le había complacido tanto.

Cuando acabó la cena y los dejaron solos, no sabían qué decirse, pero se miraban con veneración y, si las leyes familiares no lo hubiesen prohibido, habrían acabado estrechándose. La hora del placer no había llegado, era necesario esperar y esperaron. Esa noche, como todas las que antecedieron a la boda, durmieron en habitaciones separadas.

Dos meses después, y tras el pacto, Tien Sing concedía a Christopher Whittlesey el privilegio de la orientalidad y el derecho a suculentos tráficos. Como ya habían acordado, Mister Whittlesey se encargaría, en adelante, del intercambio de fármacos con Inglaterra. Más tarde les legó una casa, antigua propiedad de los Sing, les dio licencia para procrear con cautela, y ordenó a Bélver Yin que se fuera a vivir con ellos.

N Días dorados

NITYA permanecía leyendo sobre un asiento de mimbre y sus únicas prendas eran los zapatos, verdes y brillantes. Sus cabellos furiosos invadían su espalda, conquistándola casi por completo.

—¡Nitya! —gritó Christopher desde la galería.

Nitya no contestó y sonrió para sus adentros. Siempre hacía lo mismo y Christopher siempre acababa acudiendo a ella, que lo recibía con la más efervescente de las carcajadas.

Después se perseguían por los pasillos, los atrios, las rotondas de boj. Se maldecían con énfasis y con énfasis se adulaban antes de estrecharse en cualquier lugar de la casa.

Bélver Yin los miraba con curiosidad y como si vislumbrara alguna sombra extraña royendo los contornos de aquel universo de felicidad conyugal. A Nitya, sin embargo, no parecía preocuparle eso. Christopher la colmaba, Christopher era el hombre que ella merecía, le dijo un día a Bélver Yin. Pero había algo que no cuajaba. A veces Christopher se quedaba pensativo y ella...

—¿En qué piensas? —le decía Nitya posando las manos en sus mejillas—. Dime en qué piensas.

—En nada, te juro Nitya que no pensaba en nada. Mentía. Estaba pensando en Milfred y en cómo quitárselo de encima. Su amante llegaría a Cantón la próxima semana.

U Avenida de los Espejos

U NO de aquellos días Christopher recibió una carta de Milfred, aparentemente comercial, en la que le decía que su barco llegaría a Cantón el jueves 12, hacia las seis de la tarde. Decidió salir a esperarlo, pues de no hacerlo así se arriesgaba a ver a Milfred ante la puerta de su propia casa.

Al verlo llegar, insolente y vestido con extrema elegancia, comprobó que sus afectos hacia aquel muchacho no habían disminuido. Estaba, sin embargo, dispuesto a zanjar el asunto; todo menos poner en peligro sus lazos con Nitya.

Tras los primeros abrazos y las primeras euforias, decidieron refugiarse en una fonda no lejos del muelle. Milfred le contó cosas de su última temporada en Londres, rodeado de amigos que también lo eran de Christopher. La conversación le puso nostálgico. Después notó que los ojos de Milfred, tan parecidos a los suyos, volvían a reclamarle y que era inútil intentar ignorarlo. Además, el crepúsculo de Cantón le incitaba al placer y le impedía sustraerse a la llamada de un amigo en el que la belleza se unía a la evocación de Inglaterra.

Salieron de la fonda y caminaron por un sinnúmero de calles hasta llegar a una casa en la Avenida de los Espejos que Christopher ya conocía, y en la que había un fumadero de opio, un salón de té y, en el último de los tres pisos, un laberinto de estancias para toda clase de citas. Ignoraban que alguien les estaba siguiendo. Yin, que ya se sentía una prolongación de la mirada de su hermana, había desconfiado siempre de Whittlesey y esperaba la oportunidad de poder cogerlo con las manos en el fuego. Al verlos perderse en el vestíbulo del «Claro de luna», sospechó que buscaban un cuarto para el amor, y deslizándose como un ladrón por el zaguán de la derecha, llegó a la parte trasera del edificio, que daba a un jardín abandonado. Subió las escaleras, que desde el jardín guiaban hasta el tercer piso, y conteniendo la respiración aguardó escondido en la terraza hasta ver iluminarse al fondo una ventana. Se deslizó hasta ella y los vio entrar en la habitación y aproximarse. Rápidamente dejó aquel lugar y caminó hasta la casa de su hermana.

—¡Nitya! —dijo al llegar—, debes venir conmigo, pero date prisa.

—¿Qué ocurre? —exclamó ella alarmada.

—No hagas preguntas, no pienso contestarte. Sígueme.

Nitya se puso un abrigo ligero y lo siguió por

las calles oscuras hasta llegar al zaguán. Lo cruzaron, atravesaron el jardín, subieron las escaleras, y arrastrándose hasta la ventana miraron hacia el fondo de la habitación. Sobre una estera roja dos hombres desnudos se abrazaban.

La danza de la cobra

NO dijo nada a Christopher, simplemente le fue negando, poco a poco, y de forma muy calculada, el derecho a su cuerpo. Christopher no podía comprenderlo y no buscó la causa donde había que buscarla. El daba por supuesto que nadie había podido enterarse de su noche con Milfred. Además, Milfred se había ido ya, y el asunto con él estaba resuelto: no se volverían a ver. Pero ¿de qué le había servido renegar de su amante, pensaba Whittlesey, si precisamente ahora, cuando al fin decidía abolir los lazos que le ataban al pasado, su mujer comenzaba a repudiarlo tan descaradamente? ¿Qué estaba pasando? Confiando en que aquello era algo pasajero, trató de aliarse aún con su suegro y evitar de momento a su mujer. No hubo problemas, en realidad era Nitya la que se evadía de él. A veces, sin embargo, Christopher la buscaba, sobre todo en esas noches en que el cuerpo recobra su sed elemental. En esas noches Christopher tensaba la mirada, comprimía los labios, y detenía sus ojos en la espalda de Nitya. Acosado por íntimos jadeos deseaba una complicidad repentina con ella; complicidad imposible, pues esas alianzas inmediatas sólo se dan con personas que han demolido por entero su orgullo, y Nitya estaba muy lejos de eso. Intentaba por un instante ignorarla y se alejaba de ella, pero ese ilusorio desprecio se transformaba en seguida en resquemor; sospechaba que en ese instante Nitya le miraba con asco; para comprobarlo, le bastaría con darse la vuelta y sorprenderla en esa mirada suya, en la que el odio y la lástima se mezclaban tan diabólicamente. La sola sospecha de que Nitya se compadecía de

él, lo convertía en una especie de animal aturdido que sólo al calor de su suegro respiraba. Pero no siempre era así; a veces su instinto de gallo afloraba con especial violencia, y en esas ocasiones exigía, de gesto y de palabra, el inmediato vasallaje de su mujer.

Esos lances, en general muy torpes, no hacían sino acentuar la ira de la serpiente indómita que, al parecer, el destino le había dado por esposa. La copa del tedio y de la rabia se colmó una madrugada en que la fiebre tropical de Cantón, cuyos jardines



LOS DOS HERMANOS FURIOSOS

permanecen verdes todo el año, se incubó en sus almas respectivas haciéndolos más salvajes y más antípodas que antes. Nitya, que dormía ya en una alcoba alejada de la de su marido, no podía conciliar el sueño. Algo le incitaba a salir a la noche, a dejarse poseer por aquella humedad que venía de muy lejos hasta su lecho de virgen desposada. Hacía unos días que su padre les había regalado una máquina extraña, a la que se acoplaba una manivela y un disco de baquelita negra. En el extranjero le habían dado el nombre de gramófono. Salía de él una música áspera y ronca, de sabor nocturno y casi subterráneo. Con el gramófono venían también cuatro discos, pesados y brillantes, editados en Inglaterra; y uno más, curiosa reliquia que Nitya guardaría siempre con afecto, editado en China: *La danza de la cobra*, interpretada por cuatro músicos de una orquesta de Pekín.

Nitya bajó al salón que daba al jardín, se acercó al mueble de madera cuyo diseño, de líneas rectas y volúmenes quebrados, tanto recordaba el de los nuevos edificios de la Ribera de las Perlas, y dio vueltas a la manivela.

Abrió la puerta que daba a la rotonda de bambúes, y se puso a mirar los astros al tiempo que escuchaba los primeros compases de la danza.

De pronto sintió que no podía quedarse quieta y que los pies se le iban instintivamente hacia adelante. Antes de que pudiese darse cuenta ya estaba danzando sobre el pretil de jade que rodeaba la fuente. Tendía los brazos hacia arriba haciendo girar los aretes, y levantaba las piernas, perfectas y lisas, dirigiendo los pies hacia las estrellas.

Christopher, que también estaba desvelado esa noche, oyó la música y decidió levantarse. Los sonidos parecían venir del jardín y eso le extrañó. Descubrió la cortina y dirigió la mirada hacia la rotonda. Sobre el pretil de la fuente estaba su mujer. ¿Qué hacía Nitya danzando a esas horas de la noche? Sus muslos tensos relampagueaban a la luz de las linternas de papel que pendían de las anillas de las puertas, y sus brazos dibujaban signos que él no podía comprender.

Cuando el disco cesó de girar, y la música fue

muriendo como el balbuceo de un beodo, Nitya elevó los ojos y lo vio sobre la ventana. Tenía chispas en la mirada y parecía contemplarla desde las honduras más inhóspitas del deseo. Un gemido de desasosiego, tal vez de asco, le brotó de la garganta. Bajó del pretil, entró en el salón, y se dirigió a uno de los balcones que daban a la ribera. No quería verlo, no quería verlo nunca más y ya sólo deseaba que Christopher desapareciera para siempre. ¿Cómo había cometido la insensatez de desposarse con aquel animal quimérico? Ahora debía de aguantarlo en su casa, noche tras noche, como quien soporta la sombra de algún ancestro que hubiese decidido abandonar la tumba y habitar la casa de sus familiares vivos. Miró al delta y trató de serenarse. Se había sentido tan llena de sí misma mientras danzaba en el jardín..., pero él la había sacado de ese sueño situándola de nuevo en el cubil familiar.

¿Dónde se habrá ocultado?, pensó Christopher deslizándose sigilosamente por las escaleras hasta el salón. Tenía sed de ella y no podía evadir la imagen de sus piernas elevándose sobre el ara.

Se detuvo en una esquina de la sala y la vio, apoyada en la baranda de la terraza, con la túnica verde que la brisa hacía resbalar sobre su piel. Quería tocarla, recobrar ese cuerpo que el patriarca Sing le había legado para siempre y que él no había sabido apresar.

Nitya se dio la vuelta y lo vio avanzar.

—¡Márchate! —gritó.

El no hizo caso y siguió caminando.

—¡Márchate, he dicho!

No podía obedecerla, era demasiado tarde. Tenía que acercarse a ella, ahora o nunca.

Nitya salió del balcón, dio dos pasos hacia la derecha y cogiendo de una consola una estatua de marfil intentó utilizarla como arma. La imagen se le cayó al tropezar sobre un diván de mimbre. Dio un gemido de rabia y después corrió hacia el jardín.

Christopher la siguió, y cuando la tuvo cerca se arrojó sobre ella derribándola entre dos hileras de bambúes. Nitya cayó dejando libre su espalda. Crispó las manos, arañó la hierba, y se mordió las muñecas



para no gemir. El se tendió sobre su cuerpo y, amordazándola, restregó los labios contra su nuca y sus cabellos.

Quiso fecundarla con dolor, para que ese dolor la sometiera a él por primera vez. Y cuando se sintió débil y vacío de deseo, se ocultó en su habitación como quien huye de sus propios actos.

Cuando Nitya se vio sola en el jardín comprendió que la huida era ya su única salida, y que el odio, ese odio que ahora estaba fundido a su sudor, humedeciendo su piel, era un resorte fundamental en ella, y que habría de llevarla más lejos de lo que hasta entonces creyó.

Pero todavía tuvo que comprobar algunas cosas más para poder tomar la decisión definitiva. Porque aquel acto, ante el que Christopher se sintió sobrepasado, le hizo, sin embargo, confiar más en sí mismo y confiar también en la posibilidad de domarla, si no él, sí a través de una alianza lenta y solapada con los demás componentes de la familia. Sus primeros sondeos al respecto fueron muy hábiles, pues consiguió ganarse la confianza de Uya y generar en ella una agresividad ambigua contra su hijastra. Para ello le bastó con ser algo más simpático que su marido. Por primera vez la mujer de Sing creyó hallarse ante alguien capaz de comprenderla y eso le hizo despreciar a Nitya, que no sabía estar a la altura de un hombre tan razonable. La tensión fue acentuándose, y Nitya empezó a notar la ofensiva en todos los gestos de sus familiares. Ese momento en que vio su persona amenazada por su propia estirpe fue, quizá, el más importante de su vida y supo zanjarlo con una innegable maestría y una audacia evidente: abandonó su casa.

Susurros en el jardín

HACIA dos meses que no se dirigían la palabra. Yin deambulaba a solas por la casa, perdiéndose entre pasillos, estatuas, muebles de caoba y vidrio. Nitya no salía de su cuarto, si descon-

tamos las mañanas en que la urgencia de la luz la arrastraba hasta la terraza que daba al jardín.

Uno de aquellos días vio, al abrir la ventana de su alcoba, a su hermano en la rotonda de bambúes. Sus miradas se cruzaron un instante: ambos parecían heridos por el recuerdo de una vejección, pero sólo la mirada de Yin destilaba todavía el vaho de la inocencia, sólo la de él, porque la de Nitya era ya la mirada afilada de una Dakini, suave al mismo tiempo que cínica.

—Ven —dijo ella desde la balaustrada—, quiero hablar contigo.

—Baja tú —contestó Yin—. Estoy harto de servir en esta casa. No es mi intención volver a obedecerte. Baja tú, si quieres.

Bajó.

Al verla frente a él, su actitud se dulcificó sobremedida y se hizo más agitada su respiración. Siempre le pasaba lo mismo cuando su hermana estaba cerca.

—No es bueno que nos enfademos cuando todas las cosas parecen ponerse en contra nuestra —dijo Nitya—. ¿Qué crees que está pasando?

—Nada que no sepas —respondió Yin mirándola de frente—. Nuestra familia trata de acorralarnos.

—¿Y qué debemos hacer?

—¿Amas lo suficiente a tu marido como para seguir viviendo con él?

Nitya esbozó una sonrisa amarga, se dio la vuelta y dijo:

—¿Tú qué piensas? ¿Me viste danzar la otra noche aquí?

—Sí.

—¿Y lo que pasó después?

—También lo vi.

—Eres un canalla. Acércate.

Sus labios rozaron el cuello de Nitya como alas urgentes, asustadizas.

—No —protestó ella—, no quiero que me toques todavía.

Yin retrocedió y apartó los ojos.

—¿Vendrás conmigo a Shangai? —preguntó Nitya. Su hermano asintió.



LOS DOS HERMANOS FURIOSOS

—Yo ya tengo preparado el equipo —dijo con delicadeza Yin.

Se miraron vertiginosamente:

Impuras, dice Li Po, son las aguas del miedo, y no hay sensación más angustiada que esa de estar perpetuamente hundiéndose en un mundo de ecos. Ellos todavía estaban cruzando el mar de la adolescencia, y ese vértigo no les abandonaba, pero tampoco les abandonaba la perversa tendencia al raciocinio que Durga les había inculcado.

Volvieron a mirarse: nunca habían sido físicamente tan diferentes, y raro era el que tendía a identificarlos como hermanos. Ese hecho, a juicio de Nitya, les facilitaría las cosas si sabían aprovecharlo.

—¿En qué piensas?

—Creo que ya veo el camino a seguir —contestó ella—. Guinness..., pienso en Samuel Guinness, aquel extraño amigo de Durga con el que viví en Shangai.

—Nunca lo conocí.

—No, entonces tú estabas pasando una temporada en Salgón. Durga lo había querido así para que te acostumbraras a prescindir de ella. Lo mismo hizo conmigo llevándome a Shangai. Ya te conté que pasé tres meses en casa de Guinness, el propietario de Sarao. ¿Recuerdas que te dije cómo aquel hombre me seguía por los patios de su casa y me hablaba medrosamente, como hacen los enamorados? Sé que todavía piensa en mí y que me sigue esperando. Voy a ir a su casa, Yin.

—Pero ¿qué locuras dices?

—No es ninguna locura. Sé cómo es y quién es. ¿Sabes lo que me dijo al despedirse de mí?

—Prefiero ignorarlo.

—Ven a Shangai, me insistió, el día en que ya no necesites a tu madre. Te haré la reina del vicio: te adoraré. Mira —dijo después a su hermano—, aquí tengo un pañuelo suyo que olvidó una vez en Nankín, cuando visitaba a Durga. Voy a devolvérselo, será una buena forma de presentarme a él, ¿no crees?

Yin escupió en el suelo como si estuviera tísico.

—¿Qué haces, Yin?

—¡No soporto lo que dices, Nitya! —exclamó él.

—¿Por qué?

—¿Piensas que Guinness nos va aceptar como a dos palomos blancos?

—¿Y crees que voy a decirle que eres mi hermano? No, infeliz, hasta ahí no llega mi inocencia. Me presentaré yo sola y tú entrarás en casa de Guinness cuando yo ya pueda hablarle de la necesidad de tener un siervo particular, de mi raza y de mi lengua: cuando sea su concubina. A partir de ese momento no te quedará más remedio que simularme obediencia si quieres vivir conmigo.

—Comprendo —dijo Yin—. Seré lo que siempre he sido, sólo que oficialmente. ¿Quieres decir eso?

—Eso quería decir, hermano mío: serás mi esclavo, ¿de acuerdo?

—Seré tu esclavo y veremos qué diferencia hay entre mandar y obedecer —dijo dándose la vuelta y sorprendiendo a Nitya en una sonrisa furtiva.

El dedo en el gatillo o la ironía divina

EA madrugada, al levantarse, sintió deseos de mirarse a los ojos. Desnuda se acercó al espejo, se sentó ante él, y trató de penetrar en su propia mirada. Esa mirada también a ella le resultaba escurridiza, por más que fuese la suya.

Tomó la boquilla, introdujo en ella un cigarrillo, lo encendió y se siguió contemplando. No había afecto en esa mirada, había precisión, minuciosidad y detenimiento. Pero, ¿estaba tan segura de sí misma? Entonces, ¿por qué le era tan difícil conciliar el sueño? Mas no dormir es no vivir, y nada se parece tanto a la agonía como el insomnio, pensó para sí Nitya.

Apagó el cigarrillo y se fijó de pronto en la pistola de plata que tenía sobre el tocador. La cogió, acercó el cañón a la sien y se miró al espejo.

Pronto la idea de apretar el gatillo le pareció insensata y arrojó el arma al suelo. Después se cubrió el rostro con las manos y estalló en sollozos. Hacia quince años que no se permitía esa licencia, la de sollozar ante su propio rostro.

En esa actitud estaba cuando oyó que alguien gemía al fondo del jardín.

—¡Nitya! —decía tras los cerezos una densa voz de mujer—. ¡Nitya!

Se acercó a la ventana.

—¡Nitya! —volvió a oír.

Bajó llena de terror sagrado, cruzó las tres hileras de árboles y se ocultó tras un arbusto. Al borde del estanque, vio a Manos de Ambar asido al cuerpo de otro hombre. El guardián se balanceaba dulcemente sobre él, como si remara sobre un lago de nenúfares.

Aterrada comprobó cómo Manos de Ambar gemía de dicha a la vez que pronunciaba una y otra vez su nombre.

—¡Nitya...!

¿Qué significaba aquello?, dijo echándose las manos a los ojos y corriendo hacia su cuarto. Por un instante, creyó no saber dónde sujetarse. No reconoció, al llegar, los objetos de su alcoba y la luz mortecina que entraba por la larga ventana no le sugirió sino la antesala de un mundo de nieblas perpetuas, de un mundo más allá del vago recinto en el que ahora se hallaba sin saber cómo y por qué. Nunca había dudado de sí misma así. Solamente una vez quizá, y fue en Cantón, en la época en que estuvo embarazada.

Como una sonámbula anduvo cruzando los salones sintiéndose ajena a ellos. Quien a esa hora de la madrugada la hubiese observado, se habría extrañado sin duda de aquella mujer vestida con una blanca túnica de noche, remontando y bajando escaleras circulares, deteniéndose a ratos ante las pinturas chinas, abriendo y cerrando puertas, cruzando pasillos, alcobas adormecidas, corredores en los que la primera luz del día, filtrada por las celosías de bambú y celofán, daba a su rostro un aire espectral de máscara funeraria. A menudo juntaba las manos, apretaba los nudillos de los dedos y se mordía los labios. Ahora le espantaba la soledad y deseaba sentirse rodeada de domésticos.

Cuando ya el día había hecho verdadero acto de presencia y la piel de los cerezos brillaba y enrojecía al contacto con la luz, decidió salir de nuevo al jardín. Oía a tierra mojada y a plantas húmedas; los bambúes parecían doblemente iluminados y en la terraza las hojas reflectaban como partículas de vidrio sobre una atmósfera aterciopelada.

El clamor de los pájaros había comenzado hacía ya algunas horas. Los mirlos brincaban entre las matas y más allá, junto a la acequia de los nenúfa-



res, la garza se reponía de la somnolencia nocturna batiendo perezosamente las alas.

Anduvo paseando por los senderos de piedra, deteniéndose en las rotondas de cañas, evadiéndose, al amparo de la luz, de las visiones que le trajera la noche. A veces, se paraba ante un árbol, cortaba una rama, y seguía caminando y entreniendo sus dedos con ella. Todavía la humedad nocturna rezumaba en las hojas, pero ya el sol comenzaba a sorber el barniz que el agua había dejado sobre los tilos, el césped y los bambúes.

Los domésticos iniciaron su trajín por la casa. Desde una ventana, Manos de Ambar la saludó. Nitya le pidió que le preparase el té y se lo sirviera de inmediato.

Poco después, el sirviente llegó con la bandeja.

—No te vayas —dijo Nitya mirándole con desdén.

Manos de Ambar se detuvo cabizbajo.

—¿Tengo yo algún parecido con el guardián que esta noche te estrechaba? ¿Me confundías con él acaso? ¡Desnúdate! —ordenó.

—Eso no es posible —dijo el doméstico a punto de sollozar.

—Hazlo enseguida —gritó su dueña—, no me gusta repetir las cosas a no ser que hable con personas cuyas deficiencias les impiden comprender lo que digo con la misma rapidez que los demás.

—Fui educado para no mostrar a nadie mi verdadera naturaleza —dijo Manos de Ambar despojándose de sus amplios pantalones de algodón—. Los hombres de Sum me castraron para poder ser vuestro eunuco.

Roja de ira, Nitya le escupió en los ojos.

—¿Por qué me invocabas mientras ese sucio rufián te poseía?

—En los sueños —murmuró el doméstico— todas las imágenes se mezclan, todos los nombres; y un sueño es el acto del amor, perdonádme.

—Puedes retirarte —dijo Nitya tratando de serenarse y apartando los ojos del árido pubis de su siervo.

Manos de Ambar la dejó sola y ella se recostó sobre un diván tratando de ordenar sus pensamientos. Saberse deseada por un eunuco que la tomaba por un hombre le producía náuseas, mas esa repulsión confundíase a veces con el deseo de poseer enteramente a su hermano. A ratos le imaginaba bajo su cuerpo, pronunciando su nombre con insensata deleitación. ¿Qué le estaba pasando y por qué la escena del jardín había provocado en ella apetencias tan dudosas?

Estaba intentando esclarecer esa imagen cuando oyó tres golpes en la puerta. Sólo podía ser Yin y no se molestó en cubrirse, siguió con la misma bata de seda.

Esa vez, al abrazarlo, notó en él el peso de extrañas reminiscencias. Yin cerró los ojos: su hermana temblaba como la mañana que dejaron Cantón.

LOS DOS HERMANOS FURIOSOS

Bruscamente, Nitya se apartó de él.

—¿Con quién has estado? —dijo fijándose en el anillo.

—¿Y tú? —preguntó Yin.

—No desvíes mi pregunta —gritó ella—, y no te atrevas a tocarme. Dime que me has traicionado, que has sustituido a Nitya por cualquier advenediza.

—Yo te juro que...

—¡Confiesa!

Yin intentó hacerle frente recurriendo a la lírica:

—Todos necesitan el amor; todos, alguna vez, vierten sus apetitos en el otro y todos han conocido el roce de su piel con otra piel, ¿por qué iba a ser yo en eso diferente? Tú misma has probado muchas veces el placer sin tenerme a mí en cuenta ni siquiera como testigo secreto de tus licencias. Eso solamente debiera bastarme para no escuchar tus improperios; sin embargo, los escucho, y sólo porque tus labios son más bellos todavía cuando se mueven que cuando están quietos. Me obligas a amarle en todas las mujeres que conozco; por eso, hermana mía, nunca te soy infiel. ¿Crees que esta vez lo he sido?

Nitya no contestó, absorta, como estaba en los movimientos de los labios de su hermano, tan frescos ese día, y tan elocuentes. Ahora lo sentía tan cerca como el susurro de un amante cuando todo en torno nuestro es oscuridad, pero siguiendo su táctica habitual le dijo en alta voz:

—Parece que quieres seducirme. Eres un actor, no creo nada de lo que dices.

—Por los dioses que nos protegen, créelo. Sólo la diosa búdica que lleva tu nombre podría enloquecerme como tú, si se me apareciera.

—Oh, calla —gritó ella—, y no blasfemes. ¿Qué quieres de mí, maldito?

D Estampa japonesa

DESPUES, y ya más relajados, estuvieron detenidos, el uno ante el otro, como si quisieran investigar sus respectivos silencios. Ambos se hallaban en un lugar apartado del salón que estaba resguardado del resto por dos biombo de laca. Los asientos, bajos, eran de cuero y caoba, y los separaba una bandeja de té posada sobre una mesa en forma de pájaro y cuya cresta era una flor de loto que terminaba siendo plana y circular.

—¿Te has fijado, Góel, en esa mujer que se mira al espejo? —dijo ella de repente—. Es una estampa japonesa que adquirí no hace mucho tiempo. ¿Qué te parece?

—Muy hermosa —contestó Góel mirando al cuadro que tenía a su derecha.

—Sí que lo es, pero ¿te has fijado bien en ella?

—Creo que sí, ¿por qué?

—¿Qué ves en ese cuadro? Acércate, acércate y dime qué es.

Góel se levantó y, parándose ante la estampa, la miró con detenimiento.

—Excusa mi torpeza, pero yo sólo veo lo que tú misma has dicho: una mujer que se mira al espejo. Cierro que el peinado es muy elegante, y muy delicados su cuello y la mano que deja ver...

—Tu agudeza me asombra, Góel. ¿Sólo ves eso? —dijo ella acercándose también al cuadro—. ¿No te das cuenta de que esa mano que posa sobre el cuello la posa de una forma muy especial? ¿No ves que esa mujer se está acariciando?

Góel asintió. Lo que Nitya decía era verdad, por más que fuese difícil captarlo a primera vista.

—Y ahora piensa —dijo ella—: la mujer se mira al espejo y percibe su imagen al mismo tiempo que la toca. ¿No es perfecto? Acariciarse y mirarse son en esa mujer una misma forma de notarse a sí misma, tal vez de amarse, ¿crees que se ama?

—Parece que sí —dijo Góel, que había posado los dedos sobre la consola al mismo tiempo que Nitya, de forma que sus manos coincidieron inexplicablemente.

—¿Y te has fijado en su rostro? ¿Qué te dice?

—Estas preguntas me aturden —protestó él—, y te aseguro que en estos momentos empiezo a no ver nada.

—Vamos, Góel, concéntrate un poco. Fíjate bien.

—Su rostro..., su rostro parece más bien sereno.

—Así es. Esa mujer —dijo ella— se acaricia con indiferencia.

—No te engañas —dijo Góel tras haber dado un indeciso paso hacia la derecha.

Nitya hizo lo mismo, pero sin alterarse, como si dar ese paso fuera un gesto sin significado preciso.

—Una mujer que se acaricia con indiferencia... —repitió Nitya.

—Como si tocarse —dijo él balbuciente— fue... fuera algo completamente insignificante.

En ese instante sus cabezas giraron con la misma sincronía con que la imagen de un espejo sigue al cuerpo reflejado: sus bocas eran idénticas, e idénticos los gestos que las aproximaron.

A Memorias del Edén

AL principio le agradó el contacto de aquella boca de bisel tan nítido, pero pronto el deseo se transformó en rechazo obligándolo a apartar violentamente los labios.

—¡No puedo! —gritó.

Nitya trató de serenarle.

—¿Qué soy para ti? —le dijo.

—Mi madre.

—¿Y eso me va a impedir acercarme a ti?
Góel la miró lleno de estupefacción.
—¿Qué quieres decir?
—Soy para ti tu madre... Y bien, ¿ese vago atributo es tan importante?

—Lo es.
—Eso crees. Olvida esa creencia, que es sólo el velo que te impide apreciarme. Una voz te dice que yo soy tu madre, y otra voz, más cercana a la mía, te dice que soy una mujer. ¿A cuál de las dos crearás? ¿Cuál de las dos te parece más razonable? Piensa un poco: ¿qué soy?

—Eres —exclamó desalentado— lo que tú quieras ser. Nunca te llevé la contraria en nada, ya que siempre has procurado colocarte en lugares en los que yo no te pudiese ver.

—¿Crees eso?, pues hoy vas a poder verme en todos mis contornos. ¿Sabes una cosa? —dijo cogiendo dos pequeñas tazas y llenándolas de sake—. Quisiera esta noche contarte una fábula, ¿me dejas?

—Naturalmente.
—Siéntate, siéntate a mi lado y escucha —dijo atrayéndole hacia ella que reposaba entre dos profundos cojines rojos—. ¿Recuerdas la historia de Adán y Eva, tan nombrada entre los europeos, y la no menos venerable de Pan Ku, tan famosa entre nosotros?

—Las recuerdo —dijo él.
—Pues en esas dos historias hay algunos errores que quisiera enmendar, si me lo permites.

—¿Cómo no iba a permitirte lo?
—Bueno —indicó Nitya acariciándose los labios con parsimonia—, además de enmendar errores voy a tratar de fundir ambas historias en una y esa será, si quieres, mi única forma de criticarlas.

—Me parece muy bien —dijo Góel.
—¿Empiezo?
—Empieza.

—Antes de que el tiempo se inventara —dijo ella— los hombres no estaban habituados a cavilar, lo hacía Dios por ellos.

Aquí miró de soslayo a Góel, apuró la taza de sake y continuó hablando:

—Pero hubo un intervalo, que muchos consideran nefasto para la raza humana, en que la Mujer, que gusta ejercitarse en el arte de tentar, retó a Dios en singular combate. Las armas estaban ya en ellos: el cuerpo ingravido de Dios y el cuerpo denso y regiamente moldeado de la Mujer.

Posó la taza en el suelo y se entretuvo un instante mirándose las piernas.

—Eva —continuó— era de una belleza cruel porque su cuerpo, perfecto en todo, y por eso depositario de la Agudeza, que es, has de saberlo, una gran divinidad, sumía a Adán en un vértigo sin rumbo haciéndole amar ciegamente a quien le unía a la noche, la luna, y el vasto palpar de las estrellas. El reconocía que la Mujer era más sabia y quizá más

maligna, y por eso no le importaba someterse a ella. Góel crispó las manos y evitó la mirada de su madre. Ella ignoró su gesto y continuó hablando en el mismo tono:

—Pero a Dios, que según sus iluminados busca lo perfecto, no le agradaba que su pareja humana estableciera pactos tan confusos. Sin embargo, Inmerso como estaba en su eterna pereza no se decidía a actuar y, al final, siempre optaba por dejarles hacer lo que les viniese en gana. ¿Ignoraba Dios lo peligrosa que iba a ser su propia y tal vez imperdonable negligencia? —dijo Nitya adornando la pregunta con una púdica sonrisa—. Lo ignoraba sin duda —dijo elevando el tono—, o si no lo ignoraba no hizo nada para remediarlo; pues Dios, que acostumbraba a visitar el Paraíso, empezó a notar que la mirada de Eva era ahora más húmeda y ligera y extraños temblores turbaban su intelecto por primera vez, y por primera vez empezó a sentir ese vértigo que sienten los artífices supremos ante su propia obra maestra. Por primera vez también, se sintió limitado y falto de ciencia: ahora quería fundirse a sus criaturas en lugar de permanecer indiferente a ellas: ahora las deseaba.

Oíanse a veces las sirenas de los buques y llegaba desde la calle un trajín sordo y lejano. Góel volvió a tomar la taza: estaba vacía. La dejó en el suelo y deseó tener un cigarrillo en las manos para no tenerlas ociosas. Nitya observó sus titubeos en silencio, llenó su taza y recostándose de nuevo continuó la fábula:

—Una noche en que las estrellas más hondas clamaban de anhelo hacia la tierra, Eva salió de su choza y subiendo a una colina sobre la que se recortaba el firmamento se mostró a los cielos desnuda y soberbia, como una reina de infinito poder. Entonces Dios, que acababa de despertar de uno de sus sueños eidéticos, quedó repentinamente ciego ante ella y se precipitó desde el final del universo contra las peñas del Edén. Toda su sustancia se dispersó por la tierra y penetró sobre todo en la pareja humana, más capaz que las otras bestias de asimilar los jugos del Creador. Y Adán y Eva se vieron portadores desde entonces de la conciencia divina, y por eso desde entonces sabemos que morimos y sabemos que nacemos, y desde entonces también padecemos el sufrimiento que implica saberlo. Eso al menos dicen algunos letrados insignes, y también dicen que desde aquel día son dos las nostalgias que nos asedian: una es la nostalgia que siente Dios de aquellas soledades en donde habitaba antes de ser sustancia nuestra, otra la añoranza que siente nuestro cuerpo de aquel tiempo en que vivíamos sin saberlo y sin saberlo moríamos, de un tiempo en que la vida se nos daba sin ningún requisito, de un tiempo paradisiaco, dicen algunos, porque tenía en él asimilados los infiernos...

Nitya cesó de hablar y quedó mirando al va-

LOS DOS HERMANOS FURIOSOS

cio unos instantes. Después, dio otro sorbo de sake y se dirigió a Góel:

—Pero ¿tú crees que eso puede ser cierto? —le pregunto.

—¿Cierto qué? —dijo Góel que se sentía extremadamente confuso.

—Si crees que antes del gesto de Eva la vida era tan grata y si crees que ese gesto fue tan lamentable como dicen...

—No lo sé —murmuró—, realmente no lo sé.

—Vamos, Góel, ¿crees que esa es forma de contestar? —dijo ella bajando los ojos—, parece como si te desagradara mi historia. Dime: ¿Crees acaso que antes de ese gesto la vida era siquiera posible...? Pero dejemos eso de lado, ¿quieres? —dijo suavizando el tono— y preguntemos otra cosa. Dime, Góel, ¿la conducta de Eva te parece, digamos, impúdica?

—Seguramente lo es, pero... supongo, supongo que tendría sus razones —dijo él respirando profundamente y como si creyera que una contestación tan obtusa iba a sacarle del apuro.

—No dices más que estupideces, Góel, pero aceptémoslas, sin embargo. Tenía sus razones... y además, ¿además no te das cuenta de que ese gesto puso a Dios en tierra y le arrancó de esa fetal complacencia en la que tan orondamente estaba sumido?

—Nitya —protestó—, estamos hablando a partir de una fábula, y la verdad es que ya no sé qué pensar. ¿Ese Dios y esa Mujer son siquiera imaginables?

—Naturalmente que lo son —dijo ella— y también es imaginable, y muy imaginable, ese Adán tan rústico y tan ciego. Además has de saber que ese gesto no sólo puso a Dios en tierra, sino que también descubrió a Adán hasta qué punto estaba incapacitado para beber la ciencia divina. Y tú, Góel, ¿qué piensas de eso? ¿Y si Nitya hiciese ese gesto, tú qué harías: lamentarte como Adán dicen que se lamentó o comer el fruto del árbol con los ojos bien abiertos y sin arrepentirte después? Tu curiosidad... ¿hasta dónde llega?

Ahora parecía que todos los objetos de la casa hubieran decidido acentuar sus aristas y que el mundo fuera de una solidez insoportable. Sus ojos se cruzaron con los de Nitya que permanecían fijos y que lo delimitaban como el marco delimita una pintura.

—No puedo contestarte —dijo Góel.

—Entonces acércate —dijo ella.

El frío de la muerte

DESNUDO se sorprendió a sí mismo cuando ya estaba muy entrada la noche y ante aquella mujer que le miraba con una curiosidad distante y aplacada. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que empezara a perderse por la ciudad sumergida en que se convirtió la habitación? Qui-

so adivinarlo pero no pudo, y sólo recordó esa sensación, como de azafrán sentido entre las yemas de los dedos, que nos deja en la piel el cuerpo que acariciábamos hacía un momento; el resto eran sombras. Poco a poco, sin embargo, fue descubriendo la geometría del cuarto y todos sus objetos. En aquel rincón de la casa el mundo tenía infinidad de matices. Las ventanas eran largas y con muchas estrias que filtraban la luz del alumbrado callejero, proyectando sobre el lecho rayas felinas. La cama apenas se elevaba del suelo, y los muebles eran bajos, como pequeños templos de ébano y vidrio.

¿Era la habitación así o estaba alucinando? ¿Por qué ahora lo vela todo a través de una gasa líquida y por qué se le nublaba a veces la visión? ¿Qué le estaba pasando?

De pronto recordó el sabor amargo del té que le había ofrecido Sum. Antaño le había hablado de un veneno de acción muy lenta, pero irreversible, y que sólo se notaba cinco o seis horas después de ingerirlo, cuando ya no era posible contrariar sus efectos.

—Ven —dijo Nitya—. ¿Qué te pasa?

—Tengo frío —dijo él.

—Eso no es nada, ven, yo te cubriré —dijo arrojándolo con una manta de piel—. Duérmete...

—¡No quiero morir! —gritó escupiendo las palabras como los tísicos la sangre—. ¡No quiero! Esto..., es no es posible. ¿Qué has hecho?

No obtuvo respuesta.

—¿Por qué no contestas? —dijo Góel arrojando de sí la manta y cogiendo un jarrón de cristal que se hallaba junto al lecho.

—¡No lo hagas! —gritó su madre.

Góel quiso golpearla, pero ya no pudo. La saliva empezó a manarle de la boca en el instante en que dejó caer el jarrón. Preso de la desesperación y de la rabia, comenzó a restregarse contra el suelo. Le dolía el vientre, le ardían las venas, y sus pies ya empezaban a quedarse fríos.

Sentía que la vida se le escapaba mientras su memoria estallaba en brascas sacudidas, entregando al olvido las últimas incógnitas. Recordó entonces su infancia en la casa de Guinness, la tarde en que Yin le abandonó en el parque, los disparos contra el hombre de Cantón, y la cena en casa de Whittlesey. Antes de quedarse ciego dirigió los ojos a su madre para preguntarle en silencio por qué le envenababan y cuál era el nudo que unía todos aquellos momentos de su vida. Pero ella, que sollozaba junto a él, evadió la mirada negándole un último mensaje de pupila a pupila. Fue entonces cuando Góel creyó que todo enrojecía en torno a él, que los muebles eran brasas y brasas las manos de la mujer que se acercaba para cubrirlo con su propio cuerpo. Salir del brasero cuyas llamas ya tocaban sus manos y sus ojos era morir, pero era también dejar de sentir esa absoluta sensación de acoso, por eso Góel acogió con alivio el frío de la muerte que lo libraba para siempre de aquel círculo de fuego. ■ J. F.